

**EL OBRERO MODERNO**  
Anselmo Lorenzo

Biblioteca de EL PRODUCTOR



AN 75  
1903

ANSELMO LORENZO

# *El Obrero Moderno*

**Plática Familiar**

leída en la Sociedad de Metalúrgicos de Barcelona  
el día 28 de Noviembre de 1903.



BARCELONA

Establecimiento Tipográfico de la Vda. de J. Miquet  
Junqueras, 7.—Gracia

**1903**

ANSELMO LORENZO

EL OBRERO MODERNO

Plática familiar leída en la  
Sociedad de Metalúrgicos de Barcelona  
el día 28 de noviembre de 1903

## EL OBRERO MODERNO

Compañeros Metalúrgicos:

Agradezco como una distinción honrosa la invitación que me habéis hecho para que en vuestro local social *dé una conferencia*.

Si como trabajadores y progresivos tenéis derecho de fraternidad y compañerismo sobre mí, como metalúrgicos podéis añadir un sentimiento especial de amistad, originado en la huelga general de Barcelona de 1902, ya que con muchos de vosotros hice vida común en el dormitorio n.º 13 de la cárcel de Barcelona, donde fraternalmente nos partíamos el pan y las ideas, y en ocasiones, en medio de aquella triste prisión, olvidando tristezas personales, llegamos a sentir alegría de conocernos, de tratarnos, de elevar la altura de nuestras aspiraciones hasta aquel ideal de justicia y de paz que promete el progreso para después de la desvinculación de todos los monopolios, de la derogación de todas las leyes, del derrumbamiento de todos los poderes, de la desaparición de todas las fronteras.

Sí, compañeros; sí, amigos míos; agradezco y acepto vuestra invitación, aunque no haré una conferencia. Una *hice o di* hace poco —no sé a punto fijo si las conferencias se *dan* o se *hacen*— y en ella, ya impresa con el título de *Criterio Libertario* y valga lo que valiera, dije cuanto podía decir.

Para vosotros reservo lo que los franceses llaman una *causerie* y que yo quiero que sea una plática familiar; quiero hablar con vosotros como hablaría en la mesa de un café con tres o cuatro amigos, y he señalado como asunto *El Obrero Moderno*, porque el asunto es palpitante.

Esto tiene para mí y seguramente para alguno de vosotros la poesía del recuerdo; me trae a la memoria el mencionado dormitorio n.º 13, donde el día que los católicos llaman jueves santo me dijeron por la mañana temprano: *Explícanos el origen de la fiesta católica del día*, y convinimos en que después del rancho haría una plática sobre el asunto; y, en efecto, ya desayunados, limpias las *camelas* y fumando todos el cigarrillo de la digestión, me senté en mi petate, me hicieron corro sentados en los suyos respectivos muchos compañeros, entre ellos algunos *hombres de la vida* que hacían calceta, dispuestos a aprovechar el tiempo doblemente, y cuando aun estaba en el exordio de mi plática, se asoma un empleado por el ventanillo a prohibirla. Algo sentí y sintieron los compañeros todos que, si se pudiera apreciar, dándole un valor concreto y positivo, valdría tanto como un momento de felicidad; porque el hecho es este, compañeros: esa felicidad que los tiranos y los explotadores buscan por la riqueza, el lujo, la orgía y los vicios contra natura, consiguiendo no más que el hastío y no pocas veces hasta el desprecio de sí mismos, los iluminados por un pensamiento, por un ideal, por un firme propósito, la encuentran en cualquier parte, en la misma cárcel. Yo diré de mí que cuando vi al

empleado carcelario, generalmente tan atrevidos con los presos, tartamudear excusas ante mi réplica y la actitud de mis compañeros todos, y al mismo director de la cárcel asustado entre el peligro de ver debilitada su autoridad y lo que podría decirse si fuera se supiera que en la cárcel se castigaba a los presos porque se instruían, es superior a esos goces que he buscado otras veces y que apenas me han proporcionado más allá de un entretenimiento. Y eso que sentimos aquel día los compañeros del 13, creo que se repite siempre; a lo menos, lo he visto otras veces en casos semejantes, en el n.º 1 y en el n.º 5 de la misma cárcel; en el n.º 1 y en el n.º 23 de Montjuich, y en las prisiones militares de Barcelona. La persecución por la libertad y por la justicia tiene eso de bueno: aviva la dignidad del individuo y sobreviene un aumento de sensibilidad que produce la mayor estimación de sí mismo, sentimiento diametralmente opuesto al de la vanidad de los necios y de los malos; y en este estado de excitación que capacita al hombre para las grandes cosas, hay goces que los millonarios desconocen: el libertario vé su razón engalanada por un arte íntimo que le muestra un ideal venturoso en que muchos felices del porvenir elevan himnos de gratitud a los que se sacrificaron por el bien de todos; mientras que el millonario, tras el confort que le rodea, la adulación de sus fámulos, la caricia interesada de emperifollada prostituta, ve la sangre de sus explotados, el servil artificio de los que le roen el oro, la carne y la conciencia; teme la intriga o el veneno, y siente sobre sí la impaciencia del heredero,

que es para todo rico, algo así como aquella sentencia de Séneca a Nerón: “por muchos que mates no lograrás matar a tu sucesor”.

Y entremos en el asunto: Para hablar del *obrero moderno* he de empezar por exponer un concepto del *hombre*, porque hombre es por la naturaleza, aunque la sociedad lo rebaje de categoría reduciéndole a ser desheredado jornalero frente a otros hombres que son privilegiados capitalistas.

Escritas estas palabras, no brota espontánea ni fácil la continuación. Busco entre los archivos de mis conocimientos y de mis recuerdos, entre lo aprendido por adaptación y por observación o esfuerzo intelectual propio, si algo tengo de esto, y no sale *mi concepto del hombre* de modo que valga la pena de ser escrito ni escuchado por vosotros.

Recurso a los libros, repaso índices, releo capítulos, empleo mucho tiempo, y no encuentro lo que busco, y no debe de ser cosa fácil, a juzgar por el párrafo siguiente que traduzco de la edición francesa de *Los Enigmas del Universo*, de Haekel:

“Sobre todas las otras ciencias se coloca, en cierto sentido, la verdadera ciencia del hombre, la verdadera antropología racional. La palabra del sabio de la antigüedad: «Hombre, concómete a ti mismo», y esta otra palabra célebre: «El hombre es la medida de todas las cosas», han sido reconocidas y aplicadas siempre. Y sin embargo, esta ciencia, en su más amplia acepción, ha

languidecido mucho más tiempo que todas las otras en las cadenas de la tradición y de la superstición. Hemos visto cuán lenta y tardíamente se ha desarrollado el conocimiento del organismo humano: una de sus más importantes ramas, la embriología, no se fundó definitivamente hasta Ber, en 1828, y otra no menos importante, la teoría celular, se fundó en 1838 por Schwann, y más tarde aún se resolvió la «cuestión de las cuestiones», el colosal enigma del origen del hombre. Aunque desde 1809 Lamarck había indicado la única vía que podía conducir a resolver felizmente este enigma, y que había afirmado que «el hombre desciende del mono», transcurrieron cincuenta años hasta que Darwin logró demostrar esa afirmación, y en 1863 Huxley, en su *Pruebas del lugar del hombre en la Naturaleza*, reunió las pruebas más evidentes. El mismo Haeckel en su *Antropogenia*, 1874, trazó por primera vez, en su encadenamiento histórico, toda la serie de antepasados porque en el curso de millones de años ha evolucionado nuestra raza del reino animal”.

Dejo ahí este asunto, temeroso de enredarme en lo que no entiendo y cometer una torpeza, vosotros sacaréis de lo apuntado y de vuestros propios conocimientos las consecuencias que no me he atrevido a sacar.



Lo positivo es que la ciencia, que es el saber, en oposición a la religión, que es el imaginar, cuando no el engañar, demuestra que la evolución de la substancia y de la energía no parte de un punto ni de un momento determinado, sino que es anteriormente eterna; que no ha habido esa *nada* ni ese *creador* de que habla el Génesis; que el universo no es este globo que habitamos, el cual, junto con el sistema solar de que forma parte es un fragmento de la materia universal, entrado en la vida individual de la manera que concibió Laplace, desarrollando los grandes descubrimientos de Copérnico, Galileo, Newton y Herschel, y que la humanidad no es la descendencia de un Adán hecho de barro ni de una Eva formada de una costilla adánica, sino que es un producto de la evolución y de la selección lo mismo que todo lo que vive.

El nombre de una especialidad profesional aplicado a la idea hombre en forma de adjetivo, puede significar un aumento o una disminución. Por ejemplo: un hombre calificado de *productor*, *científico*, *industrial*, *artista*, etc., se le considera como aumentado en su ser por la aplicación o ejercicio de sus facultades en bien propio y de sus semejantes, aplicación y ejercicio necesario, por cuanto su vida depende de ese bien individual y social o socializado; el que ejerce una profesión que, aunque le beneficie individualmente, perjudique a los otros, es un hombre despreciable, aunque por efecto de la ignorancia goce de honores y disfrute de pingües prebendas; el reducido a mínima condición, obligado a desarrollar fuerza material e intelectual por un mínimo de

recompensa llamado jornal o salario, reemplazando en nuestros días y en los países civilizados a los esclavos de otros tiempos y aún en el día de otros países, es un hombre rebajado, disminuido, despreciado, de escaso valer.

Eso somos, queridos compañeros; el calificativo de obrero con que nos honramos, es una verdadera marca infamante, por eso se nos recompensa con el jornal, que representa el mínimo de lo que puede darse en pago de la jornada de trabajo, que es mucho más del máximo de lo que puede exigirse; y para probarlo, porque no quiero decir nada que no se pruebe por sí mismo o que no pueda probar hasta la evidencia, me basta recurrir a la estadística de la mortalidad, que demuestra que los asalariados, faltos de higiene, de alimentación regular, de descanso, de instrucción, de alegría y de muchas cosas absolutamente necesarias a la vida, mueren en una proporción espantosa comparada con la de los privilegiados, debilitados también por los excesos o por la irregularidad viciosa de su modo de vivir.

En apoyo de esa afirmación, os presento aquí un dato de asesinato social, que mancha de sangre a todos y cada uno de los que viven del privilegio: el tierno infante, la hermosa niña, la cándida doncella, el simpático adolescente, la honesta matrona, el grave y sesudo burgués que dirige, administra y capitaliza lágrimas y sudores.

“Según los cálculos de Deparcieux, de cada mil nacidos ricos, 235 llegan a la edad de 70 años, mientras que de cada 1000 nacidos pobres sólo llegan a la misma edad 117.

En París, en los distritos ricos, la mortalidad anual es de 13 a 16 por 1000, en tanto que en los barrios pobres es de 25 a 31 por 1000. La misma proporción ha sido demostrada por Villermé en Mulhouse, y por el doctor Marmisse en Burdeos. La diferencia es todavía mayor en New York, donde en los distritos ricos se muere en la proporción de 28 por 1000 y en los pobres mueren como chinches, la proporción es de 150 a 196 por 1000.

El cálculo medio de la edad (eliminando a los niños, que pagan un gran contingente a la mortalidad entre los obreros), es para los patronos de 43 años, y para los obreros de 15”.

Considerados desde el punto de vista político, somos el *pueblo*, que es como decir una escoria, donde se amontona todo lo humano que no es poder, dominación, excelencia ni riqueza; como no somos cada uno rey, noble, gobernante, sacerdote, general, rico ni prebendado de ninguna clase; ni tenemos títulos, propiedades, dinero ni sangre azul, somos eso, *pueblo*, que es lo mismo que decir *nada*, aunque nos doren la píldora llamándonos *pueblo soberano*.

En lo social y para lo que se llaman electos económicos somos el *proletariado*; es decir, los proveedores de prole necesaria para el gran consumo de sangre del privilegio: se ha de trabajar en el campo, en el mar, en el camino, en la vía férrea, en el taller, en la fábrica, en la oficina, a tanto al día; ves allá, trabaja, cambia, vende, transporta y tráeme a casa la ganancia: se ha de tener una guardia que contenga los intentos turbulentos de las masas en un día de impaciencia, que pudieran olvidar los temores supersticiosos impuestos por los funcionarios religiosos, las imposiciones de legisladores o gobernantes o la charla adormidera de los tribunos populares; ven al cuartel, ponte un uniforme, toma esas armas, mata al rebelde y conserva mi tranquilidad o el goce tranquilo de la ganancia que han de darme esos rebeldes; se ha de tener un ejército para eventualidades internacionales, prepárate a matar o morir por mí.

Y eso no es nuevo. En Grecia, algunos siglos antes de la época en que empezó la actual manera de contar el tiempo, existía la hermosa Atenas, la reina de la civilización griega, que mantenía 20.000 superhombres, charlatanes, inútiles en su mayoría, semejantes a esa juventud burguesa y exitista que se luce en los ateneos, con el trabajo de 400.000 esclavos; y Esparta, que se tenía por más fuerte y enérgica, cuyos ciudadanos vivían sobre la durísima esclavitud de los ilotas. En Roma, el que no era patricio, y siéndolo era todo lo que hay que ser, era plebeyo, y por serlo era un miserable que se las componía siendo guerrero o concurrente al

circo; es decir, instrumento de tiranía o tiranizado. En las Galias dominaba una especie de teocracia que cobijaba el mismo género de injusticias. Y no hablemos de aquellos otros pueblos de más remota antigüedad en que existían las castas.

El hombre, emperador o mendigo, contiene individualmente las cualidades inherentes a la especie, es hombre, y las modificaciones que por efecto del medio en que se desarrollaron y vivieron sus ascendientes y en las que se desarrolla y vive él mismo no establecen diferencias que justifiquen superioridades e inferioridades sociales. En prueba de ello os someto esta consideración: no hay una biología, una fisiología, una anatomía ni una medicina real, sacerdotal, aristocrática, burguesa ni obrera, sino que esas ciencias aplicadas al hombre son puramente humanas, y lo mismo es la esencia de la vida, la disposición de los órganos vitales, su funcionamiento orgánico y la curación de las dolencias en el más alto que en el más bajo de la escala social. Todas esas ciencias se estudian en, por y para el hombre: en la clínica hospitalaria y en el anfiteatro anatómico se toma el cuerpo del infeliz que les arroja la sociedad, y en él se ensaya y se estudia, y el médico de la real cámara, el médico de los aristócratas, el médico de moda entre los burgueses que quieren aristocratizarse, lo mismo que el médico de los barrios bajos y el médico rural han oído a unos mismos catedráticos, han estudiado las mismas piezas anatómicas y en muchos casos han hecho la autopsia y han disecado un mismo cadáver, porque la naturaleza no ha creado

clases, es la sociedad la que ha ordenado que el hijo de tal mujer sea heredero de tal título, de tal riqueza, de tal honor o sea un esclavo, un hijo natural, o hijo adulterino, o hijo incestuoso, o hijo mancer, o hijo espúreo, y todas esas diferencias, aparte de lo que influye el medio ambiente, no alteran la esencialidad de la especie. Más aún, ni la influencia del medio tiene gran influencia en las diferencias sociales, ya que la historia demuestra que un esclavo ha subido alguna vez al trono y el rey hijo de rey puede ser un estúpido llamado Carlos II el Hechizado; que hay hijos de sabios y ricos que se mueren de pobres y de tontos, y pobrecillos abandonados y sin educación que han merecido el honor de ser considerados como genios superiores honra de la humanidad.

Quedamos en que la naturaleza es como es, no hay que calificarla, no nos corresponde más que conocerla y seguirla, ampliándola con nuestras facultades naturales, que pueden ser otra naturaleza, que, aunque artificial, no deja de estar en perfecta concordancia con todo lo natural. Lo malo es la sociedad, y aún creo deber en justicia decir que lo verdaderamente malo es la falsificación de la sociedad.

La sociedad, por falsificada y desviada de su primitivo objeto, del único que justifica su existencia, la ayuda mutua, la reciprocidad del derecho y del deber, no llena su cometido.

Harto lo sabéis, no he de insistir en ello, ni he de hacer mis crítica ni análisis que lo que llevo ya hecho sobre el particular. Hablar más

de ello sería ofender vuestra ilustración. Por algo estáis constituidos en sociedad de resistencia, y en este terreno, ya tenéis historia y rasgos gloriosos, como el que recordé al principio y constará con el nombre de *Huelga General de Barcelona de 1902*, en el que tan brillante muestra de solidaridad dio el proletariado barcelonés, que suspendió durante una semana toda la actividad de esta ciudad, con asombro de cuantos en el mundo se interesan por las luchas sociales, en apoyo de sus buenos compañeros los metalúrgicos barceloneses.

De la resistencia quiero hablar ahora, proponiéndome hacer de este asunto el punto principal de mi plática.

La Internacional, si no creó las sociedades de resistencia, conocidas ya en Cataluña y en varios países, principalmente en Inglaterra, las generalizó, presentándolas como un medio revolucionario y emancipador, en el que se simbolizaba o concretaba el conocido aforismo; “la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los mismos trabajadores”; se llegó a sostener que la Internacional con sus secciones y federaciones ofrecían el tipo de la sociedad futura, y que sus diversas instituciones, con las modificaciones apetecidas, constituían el orden social, el patrón de la futura agrupación humana. La federación local de sociedades era el futuro municipio, donde los delegados de cada sociedad, ejecutando las resoluciones de sus mandatarios, trataban los asuntos del trabajo, del cambio, de los

servicios públicos, etc., considerados cada uno de los asociados como el único tipo de unidad social, el productor, en oposición al tipo nacional llamado vasallo o ciudadano; las federaciones comarcales, regionales o de oficios similares, con sus correspondientes consejos federales, extendían su acción económica y social, sustituyendo el actual organismo político y jurídico, inservible por tiránico y rancio, inútil para una sociedad de hombres libres. Partiendo de la idea generalizada por entonces de la producción en grande, se pensaba en cubrir el mundo de “una inmensa y libre federación de libres asociaciones de obreros agrícolas e industriales”.

Claro es que este concepto de la sociedad de resistencia era más una manera de dar forma al ideal que un resultado racional y científico.

Creo que el insigne Kropotkine, si no ha cortado los vuelos al idealismo de la gran producción, ha puesto un reparo muy digno de tenerse en cuenta con sus estudios y estadísticas demostrativos acerca de la pequeña industria, sobre la cual, como resumen de muchos otros trabajos anteriores dice en su trabajo titulado «La pequeña industria en Inglaterra», inserto en *El Congreso revolucionario internacional de París*, publicado por la Biblioteca Geopolita:

“Lejos de morirse, las pequeñas industrias crecen vigorosamente todos los días... Los pequeños motores



de gas y de petróleo han dado un formidable impulso a la pequeña industria inglesa. La distribución municipal de la fuerza motriz eléctrica, a precios muy reducidos en ciertas grandes ciudades, da en estos momentos un nuevo y formidable impulso (como en el Jura francés y en Suiza) a las pequeñas industrias. Las grandes fábricas de algodón abandonan Manchester y emigran al campo, y su lugar lo ocupan, por un lado, los inmensos depósitos (sindicatos de pequeños patronos de la industria de tejidos), y por otro una variedad infinita de pequeñas fábricas que trabajan por medio de la electricidad. La predicción del célebre profesor mecánico W. Norvin concerniente a la formidable renovación de las pequeñas industrias por la electricidad se está realizando.

Lejos de ser un obstáculo al progreso técnico, la pequeña industria es precisamente el foco de donde surgen a centenares las invenciones técnicas, las máquinas-herramientas, las nuevas ramas de explotación de la naturaleza, y de tal modo, que puede decirse que el progreso técnico de una nación se mide por la cantidad de pequeñas industrias que posee.

En fin, el triunfo técnico de la industria no exige de ningún modo la concentración de las industrias en

grandes talleres. A menudo éstos le son un verdadero obstáculo. Las grandes fabricaciones ganan sobre las pequeñas, no por la economía de la fuerza motriz o los progresos técnicos, sino por las facilidades de salida de género, facilidades de venta que principian a estar ya amenazadas por la asociación de los pequeños industriales...

El hecho del vigor y del triunfo de las pequeñas industrias tiene su importancia, pues demuestra la posibilidad de combinar la agricultura y horticultura con la industria y con la sociedad del pueblo industrial”.

Apuntado ese aspecto del asunto, que pudiera llamarse el utópico, sin fijarme demasiado en el valor de la calificación, de que me sirvo como de un signo convencional, entremos en la verdadera resistencia.

Paréceme que muchos trabajadores, siguiendo el primitivo impulso del societarismo, tienen un oficio y creen con él hallarse a cubierto de todo género de eventualidades y en condiciones de ganarse la vida. Eso sucedía antes de la aplicación de la mecánica a la producción: un obrero constituía familia, y por regla general, con su trabajo y la administración doméstica confiada a la mujer, podía criar y educar sus hijos y darles un oficio, que era casi como darles una carrera. Con la aplicación de las máquinas desapareció el tipo del artesano, especie de artista que avaloraba y

perfeccionaba la producción con su estilo propio, con el brillo de su personalidad, y vino a sustituirle la mujer y el niño, y con esa sustitución vinieron muchos males, fue un progreso monopolizado por los explotadores que costó a los obreros hambre, humillaciones, muertes en proporciones dolorosísimas. La mayor parte de los oficios actuales han sufrido ya las primeras transformaciones, y si lo que es una tregua en la aplicación de los inventos lo toman algunos por estado definitivo, sepan que se equivocan de un modo lamentable, y que les acecha el *esquirol* de hierro, mucho más temible que el *esquirol* de carne y hueso.

Ciñéndome un poco más a mi tema, trataré de la masa obrera sin trabajo, y en una estadística ya algo atrasada y en que las cifras han de considerarse como tanteos en que la falta de precisión es siempre en perjuicio proletario, hallo los siguientes datos:

En los Estados Unidos había en 1885 dos millones de obreros parados, y considerando que de la comparación con estadísticas anteriores había habido en el número de los parados un aumento de un 11 por 100, puede juzgarse a qué altura llegará el número de los parados en la actualidad.

En Francia, una estadística de 1895 demuestra que la población obrera, tomada en conjunto, da un término medio de 250 días de trabajo por individuo al año. Los detalles de esta estadística, considerados por oficios y por localidades, son horribles, y demuestran que aquel pueblo soberano que, como dicen los

embaucadores políticos, tiene en sus manos sus destinos por el sufragio universal y que en su inmensa mayoría vota, parece de miseria negra.

En Inglaterra los parados llegaban al 30 por 100 en 1895 y continuaba subiendo el número.

En Alemania en la misma fecha resultó un 39 por 100 en junio y 23 por 100 en diciembre.

En otros países que tienen descuidada la estadística y en que cada uno vive, muere y baila al son que le tocan, el conocimiento de la verdad pondría piel de gallina hasta el burgués más desaprensivo; en la beatífica ignorancia en que nos hallamos se pueden disfrutar aún algunos ratos felices, como en España, por ejemplo, donde podemos contemplar sin enojarnos demasiado cómo el Estado despoja por insolvente al agricultor pobre, cómo se oculta la gran propiedad, cómo se despueblan las costas mediterráneas y cantábricas por la emigración, cómo en los centros obreros se ceba el hambre y la enfermedad, cómo está deshabitada y hasta casi es inhabitable la gran meseta central, lo que no impide que los que aun conservan un duro o tienen un colchón que empeñar vayan a los toros, asistan a las procesiones y aplaudan a rabiar a la media docena de oradores de la Federación revolucionaria, que, con el clero y los jefes de los partidos turnantes, comparten el lucrativo oficio de engañar a la burguesía de medio pelo y a aquellos proletarios que, por no haberse elevado

al ideal emancipador, viven en nuestros días como si fueran contemporáneos del hombre de las cavernas.

Estudiando las causas de que tantos trabajadores se hallen en holganza forzosa y en la consiguiente miseria, se encuentra que todas se resumen en una: la maquinaria, que aumenta la producción al mismo tiempo que disminuye la mano de obra, que hace ilusoria la seguridad de los salarios, que reduce a la nada los seguros obreros, que cambia los centros productores y que obligando a vivir al obrero con un haber inferior a lo estrictamente necesario, le mata a menos de la mitad del término medio de la vida.

A continuar así ¿a qué destino se nos reserva a los trabajadores? La máquina progresa incesantemente; industrias hay, en que así como en un principio el trabajador ya no era más que un simple lacayo de la máquina, se han invertido los papeles, y la máquina vigila, cuenta y mide el trabajo del hombre en la ínfima parte que se le deja en la producción. Así se da el caso de que para 1.100 plazas de que dispone la prefectura del Sena se presenten 64.000 aspirantes, quedando por ese lado nada menos que 63.000, que, juntos con otros muchos miles de desocupados, pueden aclamar en los bulevares de París al presidente de la República cuando se pasea con los soberanos de Europa que van a visitarle.

El 5 de enero de 1897, en una discusión verificada en la Sociedad de Economía política pronunció el economista Mr.

Limousin, estas terribles palabras: “A Francia le sobran cinco o seis millones de trabajadores”.

Los datos son concluyentes. Una vez más queda demostrado que el progreso, sometido al poder y a la dirección de los privilegiados, es decir, de los detentadores y usurpadores de la riqueza natural y de la riqueza social, se halla en un callejón sin salida, y que como el progreso, si es susceptible de desviarse y aún de estancarse por algún tiempo, es imposible detenerle para siempre, a nosotros corresponde encauzarle, ponerle en la buena vía y empujarle racionalmente para que dé para todo el mundo sus benéficos resultados.

Y ahora pregunto: ¿Vosotros, los trabajadores societarios, tenéis verdadera conciencia de vuestra misión, de vuestros deberes como trabajadores y como hombres?

Dispensadme la franqueza y aún, si así os parece, la rudeza de mi juicio; me atrevo a responder: ¡No!

Las consideraciones expuestas abonan en gran parte mi negación; las siguientes la completarán.

Por ejemplo, vosotros, metalúrgicos: aunque desconozco en absoluto los tecnicismos de vuestros oficios, ya que yo, por haberme dedicado toda mi vida a la imprenta ignoro lo que se relaciona con las industrias metalúrgicas; es seguro que en el estado actual de vuestro ramo de la producción entran ya en gran

parte las máquinas, y por más que os ilusione un poco la idea de que por ser los constructores de máquinas, aunque contribuyáis a la miseria de vuestros compañeros de otras industrias, a vosotros no puede faltaros el trabajo, andad con cuidado, por que hemos llegado a un tiempo en que no ha de parecer absurdo la invención de la máquina de hacer máquinas, y en que si no aspiráis más que al jornal, os quedéis sin él y a la luna de Valencia, como se van quedando tantos y tantos de nuestros compañeros.

Por tanto, si constituidos en sociedad de resistencia cuidáis con empeño, pero exclusivamente, de la defensa de vuestras tarifas y os sentís capaces de aprovechar circunstancias para mejorarlas, y aún de luchar contra el sindicato burgués, una de cuyas manifestaciones de existencia es el llamado *Pacto del hambre*, me atrevo a vaticinar que estáis perdidos; porque dueños únicamente de vuestra inteligencia y de vuestros brazos, pero careciendo de capital, de medios de producir y de crédito, vuestros burgueses, que poseen todo eso y a más el apoyo de Dios y del Estado, seguirán monopolizando su industria y vosotros quedaréis en la calle acosados por los sayones de la autoridad.

No más hacéis colectivamente, y no más que con eso contribuís al movimiento emancipador del proletariado, y no más podéis esperar como resultado de vuestros trabajos.

Y no es esta una manera especial de juzgar vuestra sociedad, es un juicio general que yo me formo acerca de lo que ha venido a

denominarse el societarismo o sindicalismo, como lo denominan los franceses. Es una consecuencia natural de haberse constituido los trabajadores en entidad luchadora que reconoce la beligerancia del burgués y que acepta la lucha en el terreno de la legalidad en que éste la plantea, que es el que le conviene, apoyado por la legislación y la costumbre, que sancionan los siglos de usurpación propietaria; por la superstición religiosa y la rutina, que establecen que Dios es el propietario que escoge a sus administradores los ricos y promete a los pobres la bienaventuranza eterna, y además por todo el mecanismo coercitivo nacional, máquina terrible de someter y de matar contra la cual son impotentes los luchadores societarios.

Un día que José Echegaray estuvo de humor para ello, escribió un artículo en *El Liberal*, en Abril de 1891, en espera de aquel movimiento de 1º de Mayo que tanto dio que decir, titulado “La Cuestión Social y la Ciencia”, que muchos diarios han reproducido después siempre que ha habido luchas obreras y victorias burguesas.

El artículo es una obra maestra, los burgueses lo celebraron mucho, los trabajadores que no tienen un criterio emancipador y carecen de base para la crítica, también lo aceptaron como bueno. En él se hallan los siguientes párrafos;

“La humanidad progresa por el *trabajo*: el *trabajo* es el eterno obrero de la civilización: cuanto es llega a *ser* por



una *acción activa y trabajadora*, tres palabras que encierran la misma idea: todo ser humano que merezca el nombre de tal, será *obrero* de algo, grande o pequeño, modesto o sublime, según sea su fuerza creadora o transformadora. Y no solo el ser humano, cuanto existe, desde las grandes masas astronómicas hasta los últimos átomos, se afana en un trabajo continuo o inacabable

\*\*\*

¡Cómo ha de ser el *capital* ni el monstruo ni el tirano, ni el vampiro, si es, en el orden físico del trabajo y de la producción, el único redentor del obrero y del hombre!

¡Ah! ¡Si de la noche a la mañana, por arte de magia, se duplicasen, se triplicasen todos los capitales de la tierra, cómo se duplicaría y triplicaría el bienestar del obrero!

¡Esta que sería la inmediata solución del problema social: los salarios altos, la reducción de horas, la instrucción del obrero, su descanso, su vejez tranquila, su vida moral más y más dilatada por horizontes hoy inaccesibles!

¡Ah, si corriesen, como dice el gran maestro, no dos capitalistas tras un obrero, sino veinte o treinta tras el último peón para que llevase una carretilla de tierra,

cómo entonces el humilde peón impondría la ley, no por su fuerza física o por la intervención absurda de otras fuerzas que el Estado le prestase, sino por la fuerza de su derecho y por ley de naturaleza! ¡Pero fuerza y ley incontrastables!”

Ya lo veis, compañeros; una verdad grande, fundamental, sirviendo de base a una utopía de esas que jamás serán la verdad práctica del porvenir. Porque si la tradición y el privilegio, y con ellos la religión y la jurisprudencia suponen que en el porvenir ha de haber la clase de los capitalistas y la clase de los obreros, el ideal revolucionario, que es una promesa infalible de verdad y justicia, niegan ese dualismo irracional e inicuo.

Dice Echegaray: “todo ser humano que merezca el nombre de tal es obrero de algo”. Me ocurre observar: dejo a un lado los nombres de muchos conocidos millonarios y mil millonesarios que por su ingenio en aprovechar el mecanismo de la explotación han sido obreros de su fortuna a costa de la vida de muchos trabajadores, ¿qué han obrado las herederas que veo en una lista de *Tierra y Libertad*, del nº 333, que compraron maridos, no nobles, que harto despreciables serán, sino ennoblecidos, por 1, 2, 3, 5, 10, 12 y hasta 40 millones de dólares? ¿Merecen esas parejas de viles prostituidos, lo mismo ellas que ellos, el nombre de ser humano? No sé que respondería Echegaray; muchos le negarán ese nombre. Pues esos degradados son los amos del mundo; esos usurpan en

medio de la dorada vileza en que se revuelcan, el capital, ese trabajo acumulado por la fuerza y la inteligencia creadora de los trabajadores.

Y ese mismo Echegaray, que no tiene una palabra de censura para los usurpadores ni para la usurpación hecha religión, ley, patria, historia, arte y para mayor vergüenza hasta ciencia, parece haber escrito su artículo para inculcar paciencia a los trabajadores, culpándolos de ignorancia; como si el móvil de todas sus reivindicaciones fuera una simple cuestión de envidia de los obreros manuales hacia los intelectuales. Ved si no este párrafo.

“No odie el obrero al que trabaja con el pensamiento en cualquiera de las esferas sociales, que idénticos son y son hermanos ante la ley eterna del trabajo; y kilogramos consumen unos y otros, y pedazos de sus organismos se queman, y día por día van consumiendo aquél y éste su existencia en la misma obra de redención”.

Insinuación pobre y desdichada es esta, como lo demuestra, por una parte las declaraciones y la conducta seguida por el proletariado, que han tendido siempre a la justa reciprocidad de derechos y deberes, y por otra la definición del *productor* contenida en el Manifiesto de la Federación Regional Española de Trabajadores de 1888, que tengo el gusto de leeros:

“La verdadera y científica unidad social es el productor.

Son *productores*: los que cultivan las ciencias, arrancando a la naturaleza sus secretos para ensanchar nuestra esfera intelectual y aumentar nuestra potencia productora; los que cultivan el arte, sublimizando nuestros sentimientos para hacernos más capaces de admirar lo bello y lo bueno y acercarnos a la felicidad; los que cultivan la industria y la agricultura, atendiendo a todas nuestras necesidades corporales.

El sabio en su gabinete que, estudiando intrincadísimos problemas, da con una solución que se traduce por un invento maravilloso; el geógrafo que, desafiando las inclemencias climatológicas o de otra especie, se arriesga por el interior de África o desafía los fríos polares para determinar fijamente el inventario de nuestro planeta: el paciente observador que, con su potente genio y admirable constancia, sorprende los misterios de la vida de los infinitamente pequeños, descubriendo importantísimas leyes para la ciencia y la industria; el artista cuya inspiración le facilita medios para hacer vibrar las más recónditas fibras de nuestra sensibilidad; el obrero industrial que, en su lucha constante con la materia, elabora la infinita variedad de productos con que provee a todas nuestras necesidades, comodidades y recreación; el obrero agrícola que, desafiando los rigores de las estaciones, atiende a

nuestra subsistencia, y en fin, cuantos hacen algo útil son productores, y únicamente por este concepto son miembros sociales”.

Pero así es la gente del privilegio o sus servidores; a nuestras reclamaciones responden negativamente con la fuerza a con el engaño: unas veces con el máuser, otras con el ahorro, otras con la gloria eterna y otras, finalmente, con el puente republicano, maldito puente y torpes los ojos que no ven que el proletariado de las repúblicas, del que ha pasado el puente de las mentiras políticas, lucha, no por la vida, sino por el mendrugo, con tantas o más necesidades que nosotros, que ya le pasamos en 1873, y en un año que estuvimos en la Jauja republicana pasamos atropellos numerosos y mayúsculos que consigna la historia para vergüenza de los cándidos trabajadores que votan redentores de pacotilla.

Ved ahora un dato importantísimo que, aunque algo viejo, no ha perdido su valor ni su frescura:

Hace algunos años expuso un ingeniero los siguientes datos en la Sociedad de Ciencias de Nueva York:

“En 1828 la longitud de los caminos de hierro era de tres leguas y los vagones eran tirados por caballos. En 1830 tuvimos la primera locomotora y 55 años después existían entre Europa y América 125.000 locomotoras para el transporte de mercancías y pasajeros, con una fuerza de 37 millones de caballos de vapor. Las

máquinas fijas de las fábricas en 1886 representaban una fuerza de más de 60 millones. De modo que tenemos en actividad un total de más de 100 millones de fuerza (sin contar lo que habrá aumentado en los últimos diez y siete años, y prescindiendo también del vapor marítimo y de la gran fuerza motora que ha introducido la electricidad). Ahora bien: cada fuerza-caballo técnico es igual a la fuerza de tres caballos, y cada caballo equivale a la fuerza de siete hombres de donde resulta que poseemos más, mucho más de 2.000 millones de fuerzas humanas mientras que el planeta que habitamos tiene alrededor de 1.500 millones de habitantes.

Hemos creado, pues, un fuerza muy superior, doble quizás, a la de la población del globo.

Queda, por consiguiente, resuella, archi-resuella, la cuestión por la lucha de la existencia, la de nuestro bienestar material, porque los 2.000 y más millones de fuerza se hallan en estado de producir y producen incesantemente para el hombre, lo que falta únicamente es hallar la fórmula de una organización social que corresponda a esa nueva creación de fuerzas. El trabajo da todas las riquezas, y si se organiza debidamente, la sociedad tendría en abundancia cuanto necesite”.

Más datos para ilustrar el asunto:

“Cuatro grandes compañías inglesas de ferrocarriles recaudaron durante tres meses una cantidad equivalente a 293 millones de pesetas. Invirtieron 73 para mejoramiento de las vías y reparación del material, contribuciones, etc., y 68 en salarios; incluso ingenieros y directores, quedando un remanente de 152 millones para los accionistas. Teniendo en cuenta que 73 millones empleados en material y en derecho de seguir explotando, resultan a favor de los capitalistas que nada han hecho para ganarlo 225 millones, y para los trabajadores creadores de aquella riqueza 68”.

A esto se añade que los 68 millones se han de gastar en seguida para las existencias de la vida, y que los 225 capitalizados al 6 por 100 reditúan al año 13 millones y medio, quedará probado que el dualismo absolutamente antagónico que existe entre el capitalista y el obrero lo resuelve la sabiduría de Echegaray de un modo tan ineficaz y vano como lo resuelven la fraternidad republicana, la providencia monárquica o la encíclica *Rerum novarum*.

Aun deseo incluir esta noticia:

“Según una memoria del comisariado general del trabajo de los Estados Unidos hace ya algunos años, para la fabricación de instrumentos aratorios se necesitarían antes 2.146 obreros de diferentes actitudes para producir tanto como producen hoy con ayuda de

máquinas 600 obreros de aptitud ordinaria. En la fabricación de pequeñas armas de fuego, un hombre con una máquina reemplaza a 50. La fabricación de ladrillos suprime hoy el 10 por 100 de trabajadores, y la de tejas el 40 por 100. En la zapatería 100 hombres producen hoy tanto como producían anteriormente 500. En cierta clase de calzado la máquina ha suprimido el 50 por 100 de obreros”.

Renuncio a seguir copiando, todas las industrias se hallan en el mismo caso, y más detalles abruman y no aclaran más el asunto.

Y vuelvo a preguntaros: ¿Societarios, tenéis verdadera conciencia de vuestra misión, de vuestros deberes, y aun añadido, de vuestro interés como trabajadores?

Miremos ahora sin género alguno de prejuicio nuestra situación como hombres en el mundo y como obreros en la sociedad; tengamos en cuenta las consideraciones y datos que acabo de exponer, y veamos si hemos de regresar, estacionarnos o marchar hacia adelante.

Somos hombres, miembros de la gran colectividad humana y ocupamos un lugar inferior a otros hombres; somos trabajadores, y como tales contribuimos de modo mucho más considerable a la producción para la satisfacción de las necesidades individuales y sociales que los privilegiados de toda clase y participamos de esa producción en una parte mínima; es decir, se nos humilla, se nos



desprecia, se nos rebaja en nuestra dignidad de ser humano, se nos defrauda en nuestro derecho de productores, hasta se nos arroja del mundo; ya no se dice con Malthus que el que no tenga cubierto en el banquete de la vida no tiene derecho a vivir, sino que en nombre de la ciencia económica, en una república democrática donde todo hombre es elector y elegible, se ha dicho sin que nadie proteste ni arranque la lengua del economista burgués que ha tenido la cínica osadía de decirlo, que sobran millones de trabajadores, y donde no se tienen esas brutales franquezas se envían doscientos mil trabajadores de veinte años a morir en lejanas tierras. Y consideradlo bien, compañeros; iniquidad tan enorme se halla rodeada de todos los prestigios, y cuenta además con el apoyo de todas las fuerzas sociales y la defensa en todas las naciones encomendada a muchos millones de soldados.

Ante mal tan grave todavía hay la *masa*, formada por los inconscientes, los neutros, los que si un día se entusiasman y salen de la neutralidad es para darse por amo, por definidor dogmático a un hombre ambicioso y sibarita que, incapaz de contribuir a la producción con nada útil, sugestionada a esa *masa democrática* para que le den honores, confort y buena mesa; pero hemos de dejarlos por ahora esperando llevarles un día la buena nueva de su redención: entretanto me atrevo a preguntaros: ¿Contra mal tan grave y fuerzas tan poderosas, qué recursos tenéis vosotros los societarios?

Veamos: uno solo hay, que es la verdad y la justicia en su acepción de equivalente de la economía; pero eso está fuera del alcance, no diré de vosotros individualmente, pero sí de sociedades que, dejando lo verdadero, lo justo y lo económico, como objetos impracticables por el momento, ya que no se atrevan a calificarlo de utópico, se atienen a lo oportuno, a lo que consideran práctico y suficiente por el momento.

Por eso mismo no se forma una sociedad de resistencia para dirigir todas las energías intelectuales y volitivas de los socios al completo dominio de la propia personalidad de los asociados y a su participación en el patrimonio universal, que ese objeto o a lo menos esa orientación debiera tener toda sociedad obrera, sino que se limita su finalidad a que no se rebaje el jornal, a que no se aumenten las horas de trabajo, a aumentar el uno y disminuir las otras si se puede, y en ocasiones hasta limitar el número de aprendices, es decir, a vigilar el comedero contra la invasión de la infancia, luchando hasta con los futuros concurrentes: y eso es lo lamentable; para esto los socios cotizan, se reúnen, discuten, celebran reuniones de propaganda, y, en caso de necesidad, defienden el derecho de los asociados, y van y vienen comisiones a tratar con burgueses y autoridades, porque para eso están a cubierto de la ley y tienen el reglamento ungido con el óleo de la legalidad. En todas esas faenas, el societario, si es activo, emplea el tiempo que le dejan libre el trabajo, el descanso necesario y las atenciones de la familia, y no le queda tiempo para otra cosa; si no

es muy activo, aún siendo buen socio todavía, pagará las cuotas, asistirá a las juntas y aun desempeñará algunas comisiones; ¡y no es poco!, dedicando algún rato, si las cosas van pasaderas, a echar un párrafo en el local social y aun a jugar al dominó o a la malilla; pero si es socio mediano o peor, se atrasará en las cotizaciones, no asistirá a las juntas y cargará el muerto sobre presidentes o secretarios, y el objetivo social, tan bonito en los artículos del reglamento autorizado con el sello que ostenta las armas de España, será letra muerta, que no revivirá el fuego pasajero, fatuo iba a decir, de la huelga parcial, ni aún el de esas huelgas parciales un poco más extensas que se denominan por moda huelga general.

A todo esto, si la ciencia da de sí una nueva máquina y se la sirve a la industria domesticada por el burgués, ¡que la compra para sí, la mete en su fábrica y se encuentra que produce, por ejemplo, como aquellos armeros de los Estados Unidos, que antes hemos visto, que un hombre con una máquina reemplaza a 50; o si una moda suprime un oficio aunque cree otro, o un cambio de residencia lleva una industria determinada de aquí para allá, o sobreviene una crisis por exceso de producción, o por una modificación arancelaria, o por cualquiera de las infinitas circunstancias que rompen el hilo de que pende nuestra subsistencia, ¿qué haréis, societarios, con vuestra sociedad, con vuestras ilusiones y con vuestra desgracia positiva e irremediable?

No me responderéis de una manera positiva: vuestros reglamentos sociales no lo prevén. Si algo intentáis responderme no será ya como societarios, sino individualmente como cristianos, como demócratas, como socialistas, como cooperativos o como anarquistas: el cristiano se conformará con la voluntad del dios que le han metido en la mollera; el demócrata esperará que un Lerroux cualquiera, instaurada o restaurada la república, decrete desde el ministerio correspondiente que todos los españoles echen gallina a la olla; el socialista procurará votar muchos obreros para tener mayoría en el Parlamento y desde allí hacer la mar de cosas, como que serán dueños de su sueño dorado, el poder político; el cooperativo convertirá el mundo en una Rochdale inmensa, modernizada con escuelas y hospitales para que no se le tache de egoísta, y el anarquista hará lo que pueda, como lo que yo intento en este momento, o procurará dar inclinación hacia el ideal al movimiento obrero, o quizás esperará a que al son del himno anarquista se derrumbe el privilegio como las murallas de Jericó al son de las trompetas de los sacerdotes hebreos.

También podéis esperar a que cuaje eso del Instituto del Trabajo, ahora que hay esperanza de que Canalejas sea jefe del partido liberal monárquico, con lo cual tendremos una Dirección del Trabajo, como las hay de varias cosas, de Penales y Beneficencia, por ejemplo, con unos cuantos funcionarios entre los que, para darle carácter, habrá algunos ex-obreros despabilados, y con tal institución ya podéis contar con la alta protección del Estado, que

no dejará de crear acá y acullá algunos asilos para quitar mendigos de en medio, y una oficina de estadística a la española, donde los empleados consuman horas y tabaco y en que algún joven superhombre escriba versos para los periódicos festivos.

Pensadlo bien, compañeros; ved si estáis en el caso de que para progresar hayáis de retroceder, es decir, desandar lo andado, salir del aislamiento de vuestras sociedades aisladas y volver cincuenta años atrás a reconocer con los Estatutos de la Internacional “Que los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes profesiones en cada país, y de unión fraternal entre los trabajadores de las diversas regiones”.

Cuando Marx lanzó al mundo su famoso manifiesto invitando a los trabajadores de todos los oficios y de todas las naciones a asociarse, ya había sociedades de resistencia, faltaba universalizarlas, y con La Internacional se hizo una universalización relativa harto poderosa, que fracasó después por luchas intestinas y por persecuciones autoritarias, y desde entonces acá, sobrevino el fraccionamiento, la legalización, y por añadidura el adormiderismo, y como consecuencia, la aspiración revolucionaria a la emancipación de los trabajadores y el ideal de paz y armonía de la Sociedad, sustentado por los trabajadores conscientes, activos y altruistas que saben donde van y quieren llegar a todo trance, ya no acepta reglamentos, ni paga cuotas, ni forma parte de

comisiones que esperan gorra en mano en las antecámaras de los poderosos, ni discute tarifas, ni se deja gobernar por trabajadores de mejor aspecto que el resto de sus compañeros y que en casos críticos, como en diferentes tentativas de grandes huelgas en Francia, en Bélgica y en Holanda, y cito estos casos no por ser únicos, sino por ser más conocidos e importantes, cuando la decisión está formada, las pasiones en su punto y la operación comenzada, sale el eterno jefe, atemorizado o vendido, y manda a las huestes societarias el abandono del propósito, y da el triunfo al triunfador de siempre, al usurpador capitalista.

Sí, compañeros; hay solidaridad: bien sé yo que el privilegio es una gran fuerza, pero fuerza en decadencia, y que la justicia que el ideal libertario representa y al que habéis de venir todos por necesidad y por fatalidad es aún una debilidad presente y una fuerza futura, me complazco en reconocerlo; pero la hay irregular, sin reglamentación, tumultuosa, producto del sentimiento más que de la reflexión. Ese género de solidaridad es el que ilustra el movimiento obrero moderno, sobre todo en España. La solidaridad societaria se debilita, se gasta, por los rozamientos del expediente, de la fórmula y a veces por la mala voluntad del obrero-jefe que tiene la acción corporativa en su mano influida por el temor de una persecución, por sus planes político-ambiciosos o por otros móviles peores.

En pocos años, después de la persecución que ocupa lugar importante en la historia con el nombre de proceso de Montjuich, hemos visto repetidos ejemplos de esa clase de solidaridad en varios puntos que cito sin precisar bien el recuerdo, Gijón, Coruña, Barcelona, Sevilla, La Línea, Jerez, Alcalá del Valle y últimamente Bilbao, donde creo poder asegurar que las sociedades han obrado más como núcleos pasionales e impulsivos que como consecuencia de un funcionamiento regular. Diré más: en prueba de mi aserto citaré aún la famosa intervención del célebre Quejido para impedir la solidaridad de los trabajadores ingleses con los trabajadores de Barcelona en ocasión de la huelga general que vosotros los metalúrgicos promovisteis. Votaron muchas sociedades la huelga, sí; pero por impulsión sentimental, irritadas al par que compadecidas al ver que tras diez o doce semanas de huelga parcial habíais agotado las raciones de pan, de arroz, y de judías, y se hablaba de implorar la caridad pública, y además se os había visto en corporación siguiendo el carro fúnebre que conducía uno de los vuestros muerto de miseria, y holgaron por solidaridad muchos obreros no asociados, ¡muchos! tal vez el mayor número. No os extrañe, pues, que aquel obrero cancilleresco dirigiese una especie de nota diplomática a la cancillería obrera inglesa calificándonos de populacho, de turbas amotinadas, y que los reglamentarios ingleses renegasen y anulasen, para vergüenza suya y daño de la emancipación obrera, la declaración hecha en Trafalgar Square, en Londres, anunciando que las Trades Unions

inglesas se hacían solidarias de sus hermanos los trabajadores barceloneses perseguidos por haber iniciado la huelga general.

Llegado a este punto he de declarar que no soy enemigo de la organización de los trabajadores, como quizá pudiera interpretarse dadas ciertas corrientes y ciertos apasionamientos; sé lo que vale para la conquista del ideal el individuo y la agrupación; lo que abomino es el adormiderismo, y por dormilones tengo a muchas sociedades y asociados.

Para mí es de gran valor y oportunidad la siguiente nota que encontré en el reciente número de *El Productor*.

“Por otra parte el escritor de empresa, Ramiro de Maeztu, ha dicho en la revista *Alma Española*, con motivo de la huelga de Bilbao, que los obreros han aprendido que más se consigue en tres días de violencia que en diez y seis años de propaganda pacífica. En cuanto interrumpieron la circulación de trenes, coches, carros y tranvías, levantaron barricadas en sus barrios, ahuyentaron a los vendedores de los mercados y obligaron a los comerciantes a cerrar las tiendas y recluyeron en sus casas a las familias de la clase media, la población se puso de su parte y obligaron a los patronos a solucionar la huelga... Más han podido tres días de pavora que diez y seis años de incesantes reclamaciones... ¡Lección terrible para todos!”



¿Será provechosa para los societarios?

Mientras en perezosa languidez bostezan muchas sociedades de resistencia que van persistiendo como aquel que aquí tropieza y allí se levanta, tenemos, por ejemplo, los compadrazgos burgueses que conspiran contra el pan de los mejores compañeros nuestros, y no hemos sabido organizar siquiera un mal *boycote* que dé que rascar a un satisfecho y deje sin un céntimo a su heredero. Ahí tenemos, por ejemplo, dos iniciativas propuestas por Nettlau, de Londres, en su folleto *La Responsabilidad y la Solidaridad en la lucha obrera*, que no sé que haya tenido eco en ninguna sociedad. Primera, “medios para que el público en general se interese en las huelgas materialmente y no sólo por sentimiento tanto como los huelguistas mismos”. Segunda, “responsabilidad de los trabajadores en las profesiones e industrias infames; por ejemplo, cierto género de empleos, construcción de malas habitaciones, fabricación de ropas y alimentos de mala calidad, venta con engaño de artículos adulterados o de valor inferior a su precio, etc., etc.”

Tal vez os desagrade el criterio expuesto, pero he de advertiros que no es nuevo, lo he sostenido con el beneplácito de muchos compañeros buenos e inteligentes hace ya muchos años, me conviene recordarlo para evitar juicios erróneos y quiero que conste que si tengo algún derecho a la consideración con que me tratan muchos compañeros es debido a mi constancia en proclamar lo verdadero y lo justo. En la revista *Acracia*, cuyo nombre representa

una gloria del proletariado barcelonés, en su número de Octubre de 1886, hay un artículo titulado “La jornada de ocho horas”, firmado con una L, en que el que os dirige la palabra escribió lo siguiente, con alguna pequeña supresión que no hace al caso:

“Grande es el poder de la asociación, a ella somos deudores de la realización de los más grandes y de los más nobles propósitos que haya podido concebir el pensamiento; en ella confiamos, no sólo para mantener las conquistas de la civilización, sino para trabajar con fruto en la obra del progreso.

Cuando la Asociación se propone un fin racional, su organismo está bien entendido y combinado y sus miembros se hallan animados por la constancia, su poder es incontrastable; por pequeños que parezcan, sus componentes alcanzan los últimos límites de lo posible, colocados mucho más lejos que lo que los supone la generalidad; es como esas inmensas moles de que nos habla Michelet, agrupaciones que merecen el nombre de continentes y cuya unidad son los restos de insectos microscópicos.

La asociación sólo tiene un enemigo terrible: La asociación.

Asóciense los trabajadores para alcanzar su emancipación; asóciense los privilegiados para

negársela. Carecen los primeros de instrucción, tiempo y capital; tienen los segundos por suya la universidad, pueden disponer de las horas a su antojo y monopolizan toda la riqueza producida: tienen los unos contra sí las leyes; son los otros legisladores.

Dos fuerzas iguales y opuestas se neutralizan; una superior vence a otra inferior. La asociación de los privilegiados tiene, pues, todas las condiciones necesarias para destruir la de los desheredados.

Si los proletarios se asocian para cooperar, los privilegiados que ven, no solo un concurrente, sino unos clientes menos, tienen medios para ahogar la sociedad naciente, a menos que les convenga para ulteriores fines dar la mano a unos cuantos proletarios para elevarlos a la categoría de burgueses. Si se reúnen por oficios para imponer una tarifa en que se consigne aumento de jornal o disminución de horas de trabajo, raro es el caso en que la caja y el crédito del burgués no pueda dar buena cuenta de la caja de resistencia obrera. Y es que combatir los males de lo existente con lo que participa de la causa del mal, podrá a lo sumo producir los efectos de un paliativo, nunca será un remedio radical.

Hállase, pues, el proletario entregado a los efectos del desbarajuste autoritario y capitalista de la sociedad

presente, y mientras a ella se someta, mientras como trabajador se contente con regatear con el usurpador de los medios de producir unos céntimos más o una hora menos de su salario, y como consumidor no piense más que en cooperar para comer más barato, siempre tendrá sobre sí el peso de la clase dominante que legisla, gobierna, manda, explota y despilfarra.

En tal situación es inútil pensar en el esfuerzo individual para aquello en que la acción combinada de muchos fracasa por ineficaz.

No menos inútil es confiar en la eficacia de la política, cuya acción se limita al arte de gobernar a los hombres considerados como incapaces de entenderse sin una autoridad que les guíe, pasando por la contradicción de encargar a unos hombres aquello de que declara incapacitados a todos los hombres, y es nula para dar solución al problema social.

Tiene, pues, el proletariado cerradas todas las puertas de la esperanza. No hay para él mejora parcial posible: si se asocia para cooperar aplástale la concurrencia capitalista; si se asocia para resistir, aun suponiendo que triunfe en luchas parciales, nivélanse los precios de la mano de obra con los de los productos, y lo que gana como productor lo pierde como consumidor.

Mas, a pesar de la ineficacia de los medios hasta aquí adoptados para alcanzar su emancipación, el proletariado no puede renunciar a ella; necesita abrirse camino para llegar a las grandes justificaciones que guarda el porvenir. Tiene conciencia de su derecho y un ideal, y en tales condiciones no es apto para sobrellevar la condición servil a que le tiene condenado la sociedad presente. El conocimiento del derecho y la aspiración a la libertad comprimidos por una tiranía, sea política, sea económica produce necesariamente una explosión revolucionaria al menor incidente que sobrevenga, a la manera que las materias explosivas contenidas en una mina explotan cuando les toca la chispa fulminante.

Necesítase, pues, adoptar una conducta negativa, ya que no la hay positiva que conduzca a un fin racional y práctico. Es indispensable que el proletariado organice la lucha para el triunfo de su ideal.

No puede ser esta lucha aquella en que la burguesía tiene probada su superioridad por los grandes medios que le proporciona el poder y la riqueza. Nada puede el proletariado contra un ejército que, a la superioridad de la disciplina, reúne la perfección del armamento; es igualmente impotente para lucharen el mercado con sus

pobres cuotas contra el gran capital. Quédale la lucha económica.

Así lo ha comprendido el proletariado en las naciones más productoras y por consecuencia más explotadas; así lo demuestran las grandes manifestaciones del pueblo trabajador en los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, etc., al dar como grito de guerra la jornada de ocho horas.

No entienden los trabajadores que han iniciado este movimiento alcanzar un estado normal en que, mediante un trabajo diario de ocho horas se gane un jornal capaz para atender dignamente a las necesidades del hombre civilizado, eso es una verdadera utopía; propónense hacer guerra a los privilegios de la burguesía, producir perturbación, iniciar el periodo revolucionario que tenga por término la supresión del salario. Con ello pierde el trabajo el carácter de mercancía pasiva que tiene para los cálculos del burgués y empieza a adquirir el valor activo que le corresponde... y produce un desequilibrio en las actuales condiciones sociales que necesariamente ha de ser ocasión justificada a traer a la práctica las soluciones sociológicas ya reconocidas como de perfecto valor científico.

Contra el estancamiento de la rutina y del privilegio, necesitase el empuje revolucionario, y este empuje, después de efectuada la demostración racional de su objetivo, deben verificarlo los más directamente interesados en que la reforma se lleve a cabo: estos son los trabajadores, víctimas de siempre que, desengañados de la imposibilidad de pactar dignamente con la sociedad en que vivimos, y empeñados en alcanzar la realización de su ideal de justicia, dejan a un lado las diferencias de escuela y hasta las preferencias personales que les separaban y se agrupan... con la mira de obtener la consagración de sus derechos por la transformación de la propiedad y la supresión del salario”.

Yo no sé si habré conseguido mi objeto de daros a conocer mi idea del obrero moderno.

A lo menos sé que no he logrado formar un conjunto regular y metódico del asunto, aunque quizás resultara de la desordenada presentación de datos y consideraciones que acabo de exponer; mas en todo caso ahí estáis vosotros, que obreros sois, y recogiendo en vuestro entendimiento las sensaciones que recibís podéis cada cual representaros el obrero moderno.

Réstame decir para terminar que yo deploro haber de considerar y estudiar el hombre por lo que en él es accesorio. Yo quiero que el

hombre sea hombre, que lleve en su frente la inmanencia de su derecho, anterior y superior a toda ley, de que nos hablaba Salmerón cuando no era jefe de partido ni siquiera tenía esperanza de ver triunfante la república. Yo quiero que el hombre disfrute ampliamente de lo que Pompeyo Gener llamó el derecho a la evolución de todos sus gérmenes vitales, de todo cuanto traiga en su organismo que tienda al crecimiento de la vida.

Con harto dolor he de consideraros como obreros, porque eso me indica que mientras sobre nosotros pesa la antigua condición de Parias, tenemos enfrente al infame, tiránico y explotador Brahmán.

Un pensamiento final: es costumbre dirigir a las mujeres que asisten a actos como este algunas frases laudatorias que trascienden a requiebro. Yo no quiero seguir la costumbre: que las compañeras presentes me dispensen mi escasa galantería convencional: no estoy para chicoleos; pero si diré algo importante respecto del tema que he procurado desarrollar y que interesa especialmente a las mujeres como manifestación de alto feminismo, y es este pensamiento de Haekel:

“El hombre y la mujer constituyen dos organismos esencialmente diferentes, que no llegan a hacer perfecta la noción genérica normal de hombres sino completándose mutuamente”.